

LOS TRES CONGRESOS EUROPEOS

El 3 de julio se reúnen en Helsinki todas las naciones de Europa en una Conferencia de Seguridad y Cooperación; considerada de una cierta manera, esta Conferencia es el tercer Congreso europeo de la Historia. Los precedentes son el Congreso de Viena (1814-1815) y el Congreso de Versalles (el Congreso de la Paz de 1919). Lo que tienen de común estos tres Congresos es su intento de construir una Europa estable rectificando o ratificando los resultados de las grandes guerras continentales y el asentamiento de unas bases ideológicas comunes, en una cierta medida, de aspecto contrarrevolucionario. El Congreso de Viena respondía a la Revolución francesa y las guerras napoleónicas; el de Versalles, a la primera guerra mundial y a la Revolución rusa. El nuevo Congreso de Helsinki es una respuesta a la segunda guerra mundial y a los conflictos ideológicos (nazismo, comunismo) que le dieron un carácter europeo.

El Congreso de Viena fue un reparto de territorios entre las naciones influyentes y la concreción de una ideología conservadora, contrarrevolucionaria y antinacionalista. Era esencial el tema de la restauración: el regreso a los reinos de 1789 y, por consiguiente, el de la legitimidad, o vuelta a las dinastías reinantes (tema propio de Talleyrand, defensor de los Borbones); sobre estas bases se había de fraguar la solidaridad entre los gobernantes de Europa para cortar la posibilidad de nuevas revoluciones. Ello fraguó sobre todo en la llamada Santa Alianza, formada después del Congreso. Ciertas líneas anecdóticas del Congreso de Viena son más populares que sus verdaderas consecuencias políticas: saraos, maniobras militares, desfiles, largos paseos por el Prater, flirteos, festejos populares en el Augarten... «¡El Congreso se divierte!» fue la frase habitual, y pasó al cine más de cien años después (la frase original es del príncipe de Ligne: «Le Congrès danse, mais il ne marche pas»). No era frivolidad simple. Los desfiles y las maniobras militares siempre han sido algo más que fiestas, los bailes y las recepciones mareaban compases de espera, pausas muy determinadas. Y en el ambiente general, los Reyes y los primeros ministros que asistían al Congreso daban la sensación de su grandeza y de su dominio sobre los pueblos de Europa (España se conformó con el envío de un plenipotenciario, don Pe-

dro Gómez Labrador. Tomó fama de terco y hasta de obstinado; se dijo que estaba al servicio de Francia —de Talleyrand—, cuyas tesis seguía con aparente fidelidad, pero algún delegado, como Castlereagh, británico, creyó ver que detrás de tanta tontería y terquedad se ocultaba algo más importante: «Labrador es un genuino español: se burla de las incongruencias de Talleyrand»). Finalmente, el Congreso

Valais y Neuchatel; Prusia y Austria encontraron un equilibrio, a Italia se le quitaron algunos pedazos para formar el Reino de Piemonte-Cerdeña, y todo ello daría lugar después a una serie de revoluciones populares de carácter nacionalista y, sin ninguna duda, social. Pero dio también origen a la Santa Alianza.

Fue una idea de Alejandro I, Zar de todas las Rusias, o más bien de

tos de justicia, caridad cristiana y paz deben tener una influencia inmediata en los Consejos de los príncipes y guiar todos sus pasos: lo firmó con él el Emperador de Austria, luego el Rey de Prusia y finalmente todos los soberanos de Europa (menos el Papa, porque no quería aceptar una herejía; el Sultán, porque no era cristiano, y el Príncipe Regente de Gran Bretaña, por razones constitucionales, pero declarándose de acuerdo con sus «sagradas máximas»). Bajo estos principios se estipulaba que todos los soberanos deberían intervenir contra los levantamientos de carácter liberal y nacional, y así lo hicieron. (Las «Cien mil hijas de San Luis» que vinieron de Francia para ahogar a los liberales y fortalecer a Fernando VII, cumplían un encargo del Congreso de Verona, organizado por la Santa Alianza.)

Saltemos sobre el tiempo para llegar al Congreso de Versalles. En este salto hay que incorporar las Revoluciones de 1848 (la «primavera de los pueblos»), las luchas por la nacionalidad «natural» contra las dominaciones extranjeras, la revolución industrial con la formación de los proletariados, la aparición de los socialismos y, finalmente, la guerra mundial de 1914-1918 y la Revolución rusa de 1917. Estos últimos acontecimientos precipitaron grandes cambios en la hegemonía

VIENA Y VERSALLES, PRECEDENTES DE HELSINKI

tuvo que apresurarse: llegó la noticia del desembarco de Napoleón de la isla de Elba y hubo que apresurarse a tomar decisiones. Se hizo el reparto de Europa a despecho de las voluntades de sus pueblos (Alejandro I se llevó Polonia para Rusia, y también Finlandia; Gran Bretaña se salió del continente para quedarse con Malta, Ceilán, El Cabo; se creó el Reino de los Países Bajos —lo que hoy forma el Benelux—, bajo Guillermo de Orange, y la Confederación Helvética vio consagrada su «neutralidad permanente», además de anexionarse los cantones de Ginebra,

la pietista baronesa Von Krüdener, que él asumió. (El pietismo había empezado como un movimiento popular luterano contra el exceso de dogmatismos y contra la inmoralidad de los grandes; se convirtió poco a poco en lo contrario, en una forma dura del idealismo; la baronesa Von Krüdener, que había llevado lo que se llama una vida de disipación, se convirtió al pietismo, aglomeró en él todo el misticismo ruso, ejerció la predicación y la terrible profecía y lo llevó todo a la Corte: fue una antecesora de Rasputín). Alejandro I redactó un documento declarando que «los precep-

Europa después del Congreso de Viena, 1815-39.





Europa 1919-1938.

Europea y la entrada en escena de los Estados Unidos, con su oportuna declaración de guerra y su aportación de una economía floreciente a una Europa extenuada. Estas condiciones permitirían a los Estados Unidos llevar la voz cantante en el Congreso de Versalles.

El Congreso de Versalles de 1919 tuvo las mismas características que el de Viena: un reparto de Europa y el establecimiento de unos principios contrarrevolucionarios. Pero esta vez no se hacía en nombre de los soberanos, sino en el de los pueblos: era la democracia. Concretamente, la democracia de los Estados Unidos. Los representantes de Versalles ya no eran estas coronadas o ministros designados, sino dirigentes electos. Se reunieron 32 naciones (más o menos, la misma cifra de las que se reúnen ahora en Helsinki), que eran los de toda Europa, con la excepción de Rusia, por su carácter de acusada revolucionaria, y de Alemania, porque había perdido la guerra y era el territorio a desmembrar. Pero ya estaban los Estados Unidos, y estaba Japón, que figuraba entre los vencedores. Este Congreso democrático se caracterizó por la inutilidad de las opiniones y participaciones de las pequeñas potencias. Desde un principio se estableció la existencia de Cuatro Grandes (Francia, representada por Clemenceau; Gran Bretaña, por Lloyd George; Italia, por Orlando,

y los Estados Unidos de América, por el propio Presidente Wilson). Fueron éstos los que tomaron las principales decisiones, los que redactaron el Tratado de Paz (con Alemania) y quienes lo presentaron a sus «aliados y asociados», que prácticamente se habían limitado a formar parte de las comisiones de expertos y del trabajo administrativo y diplomático. El Congreso, en realidad, se reunió pocas veces en pleno.

La doctrina de Versalles fue la de los Catorce Puntos del Presidente Wilson. Muy resumidos, eran éstos: 1) renuncia a la diplomacia secreta; 2) libertad de los mares; 3) desaparición «lo antes posible» de las barreras económicas; 4) reducción de armamento; 5) reajuste imparcial de los territorios coloniales; 6) evacuación del territorio ruso; 7) restauración de Bélgica; 8) liberación de Francia, que recuperaba el territorio de Alsacia-Lorena; 9) reajuste de las fronteras italianas (a costa de Austria), estableciéndolas en «líneas de nacionalidad claramente reconocibles»; 10) desarrollo autónomo para los pueblos de Austria y Hungría (hasta entonces una sola nación); 11) evacuación de Rumania, Servia (que recibiría acceso al mar) y Montenegro; 12) autonomía para los pueblos no turcos incluidos en el Imperio otomano y paso libre por los Dardanelos; 13) creación de una Polonia independiente con acceso al mar, y 14) formación de una aso-

ciación general de naciones para garantizar la independencia política de todos los Estados.

Esta Sociedad de Naciones —sin Rusia— debía ser una forma visible de la Santa Alianza. En realidad, era el principio de la lucha anticomunista por otros medios que no fueran los militares. Porque una Santa Alianza militar se había producido ya con el envío de cuerpos expedicionarios de Francia y de Gran Bretaña en auxilio de las tropas «blancas», luego con los checos y los eslovacos en los frentes europeos, mientras los Estados Unidos enviaban armas y material de todas clases desde Extremo Oriente. Después de retirados los cuerpos expedicionarios, comenzó el bloqueo —la famosa época del «hambre ruso»— y la negativa diplomática (Gran Bretaña no reconoció a la URSS hasta 1924; los Estados Unidos, en 1933; la República Española siguió la línea de la monarquía, y tampoco reconoció a la URSS hasta que, en 1936, las circunstancias de la guerra civil se le impusieron, pero el reconocimiento no duró más de lo que duró la guerra).

Se saben las consecuencias del Congreso de Versalles. Por una parte, llevaron a la URSS al «comunismo de guerra» y a Stalin (un periodista de la época, comentando los Catorce Puntos y las tesis de Lenin, escribió que los cincuenta años siguientes estarían marcados por la hostilidad entre los Es-

tados Unidos y Rusia como elemento determinante de toda la política mundial). Por otra, se produjo el fascismo italiano, y la sensación de injusticia del pueblo alemán le llevó a adoptar el nazismo.

Todo lo demás está casi en tiempo presente. Los hechos iban a repetirse: la segunda guerra mundial, la nueva Santa Alianza del Plan Marshall, la OTAN, los otros tratados regionales, la creación de las Naciones Unidas con un idealismo próximo a los Catorce Puntos y, finalmente, la coexistencia. Podría decirse que la Conferencia de Helsinki —el Congreso de Helsinki— tiene varias identidades con los anteriores, pero también unas marcadas diferencias de orden técnico. La repartición de territorios se ha hecho antes, y no en el mismo Congreso. Primero, de hecho, por la división en zonas de ocupación, y luego, de derecho, por los tratados parciales que consagran la división de las dos Alemanias con sus territorios amputados, la existencia de Berlín, etcétera. Luego, los puntos ideológicos han sido también tratados previamente. Una cierta ideología de libertades burguesas y democráticas domina los textos previos —que no pasan de ser «orden del día» hasta que la Conferencia los adopte o los modifique—, y en este caso, las medidas contrarrevolucionarias ya no se dirigen específicamente a los pueblos de Europa, ni aun se mencionan claramente: es la necesidad de contención del revolucionarismo allá donde existe actualmente, que es en los países del llamado Tercer Mundo. Probablemente, en algún comunicado final figurará la preocupación europea por el «mundo del hambre». Es interesante no olvidar que en el más reaccionario de los Congresos, el de Viena, figuraban también cláusulas de tipo humanista liberal, como, por ejemplo, la de la abolición del esclavismo. Pero conviene precisar el alcance real de la lucha contra el esclavismo: se trataba de evitar que América, donde se practicaba principalmente, hiciera con él una competencia económica a las potencias europeas. Gran Bretaña explotaba el algodón egipcio, Europa comenzaba a cultivar la remolacha de la que extraer azúcar...

Con respecto a los dos Congresos anteriores, el de Helsinki supone, sin embargo, un progreso, una mejora. Se ha llegado a él con más cautela, se ha preparado con más cuidado y no tiene una base en la violencia o en la fuerza. Puede decirse que en lo que se refiere concretamente al territorio europeo, tiene un margen de confianza y esperanza. ■ J. A.